

DIÁLOGO ENTRE CRISTIANISMO Y ESPECIALIDAD. RESPONSABILIDAD COMO INTELECTUAL CRISTIANO.

Doctor José Luis Vethencourt

Quien escribe este artículo es un psiquiatra dedicado casi exclusivamente a la psicoterapia. Al mismo tiempo es un cristiano católico absolutamente definido como tal. Se trata de sugerencias a la comunidad cristiana y a sus responsables, así como a otros intelectuales cristianos.

La psicoterapia que practico es una adecuación a mi persona de los notabilísimos descubrimientos de Freud, continuados brillantemente por Melanie Klein, sin compartir en absoluto sus posiciones filosóficas y en cierto modo su burdo reduccionismo de lo religioso a una categoría puramente psicológica. También soy deudor del psicoanalista escocés Ronald D. Fairbair, riguroso en su ciencia analítica, pero más riguroso aún en su humanismo. Me siento bastante cómodo en esta posición y no tengo nada que ver con la chocante cortedad del ateísmo decimonónico de Sigmund Freud. Debo decir que este gran científico respetó mucho la libertad de acción de quienes se ponían en sus manos. Él se dedicaba fundamentalmente a liberar a sus pacientes de los deseos incestuosos y perversos, intensificados en ellos por abandonos y rechazos o por seducciones no consumadas por parte de sus “dramatis personae”, o sea, los padres u otras personas encargadas de su crianza previa a los seis años. Freud se dedicó hasta muy tarde en su trabajo a la problemática de las intensificadas y a la vez reprimidas pulsiones sexuales incestuosas y perversas de sus pacientes. Pero al cabo de muchos años descubrió el otro drama terrible del niño primario: la “destrutividad”, o sea, la criminalidad y el deseo de muerte del bebé, contra sus padres o contra sí mismo. Función terrorífica difícil de aceptar en el seno de un niño desde su nacimiento.

Este descubrimiento divide el psicoanálisis freudiano en dos grandes etapas, que él luego fue capaz de combinar. La pulsión de muerte y la pulsión sexual, al lado del hambre y de la necesidad de ser amado.

Melanie Klein enriqueció estos descubrimientos con el análisis de sus propios hijos y el de otros niños de cortísima edad, mediante el análisis de sus sueños y sus horripilantes fantasías. Ella desarrolló con más ahínco que Freud lo referente a la destructividad del niño desde su etapa de bebé hasta el periodo de latencia. Tal destructividad del niño va acompañada, como es comprensible, de imágenes criminales en la psique de la madre y el padre como su correlato. Todas estas fantasías deben ser sacadas a la luz de la conciencia por obra de la terapia, sin escándalo ni culpa por parte del terapeuta. Como dije antes, Melaine Klein tuvo el valor de hacerlo con sus propios hijos.

Lo cierto es que quien se ocupe de estas cosas, con el fin de lograr una cierta consciencia terapéutica de tales dramas, tiene que pasar por experiencias similares y debe propiciar en los pacientes la eclosión de sus probablemente acentuadas pulsiones y fantasías destructivas e incestuosas. En este trabajo *se encuentra suspendido cualquier reproche moral por parte del terapeuta* en lo que se refiere a la concientización y abreacción de las tendencias y fantasías perversas de la primera infancia.

Un aspecto importantísimo de lo imposible que es para el terapeuta del inconsciente profundo no manejar sin censura o reproche tales cuestiones psíquicas, reside en la necesidad importantísima de interpretar los sueños del paciente. Como se sabe, las inocentes e inofensivas imágenes oníricas del paciente o analizando deben ser obligadas por la asociación libre del paciente y también del terapeuta a revelar su mensaje oculto, que en la mayoría de los casos se refiere a crímenes contra los padres o a la inversa: actos criminales de estos contra el paciente. De igual manera no pueden dejar de interpretarse, con la prudencia necesaria, los actos sexuales perversos e incestuosos del paciente invitándolo a que, en la medida de lo posible, sea él quien pase por el apuro de revelar sus fantasmas amorales e incestuosos actos o los de sus padres.

¡Con cuanta frecuencia no se ven acaso mejorías en pacientes neuróticos y en semi-psicóticos después de que un acto francamente criminal o crasamente incestuoso ha sido extraído del subsuelo inconsciente!

El psicoanalista clásico y bien formado, que trabaja estrictamente interpretando la transferencia, y los psicoterapeutas que no hacemos de la transferencia nuestro caballo de batalla, no podemos interferir en las consecuencias que en la liberación de la conducta moral del paciente puedan presentarse

con su curación o con su mejoría. Pero lo mismo les pasa a otros médicos cuando liberan a sus pacientes de ataduras patológicas de otra índole. No obstante, en ocasiones en que una pareja matrimonial se ve amenazada por el cambio saludable de uno de sus miembros, como puede ser, por ejemplo, la desaparición de una marcada dependencia en el cónyuge otrora enfermo, no se descarta que el mismo u otro terapeuta hagan un retoque en el miembro de la pareja que no necesitó tratamiento, con el fin de que se acomode a la novel maduración psíquica de su cónyuge.

También es cierto que en muchos casos de neurosis el paciente viene presentando una conducta francamente inmoral, como señal de un “acting-out”, la cual –después o a lo largo del tratamiento– cambia radicalmente. En todo caso, nunca está demás la mano izquierda del terapeuta para moderar un poco el rebrote de libertad provocado por la progresiva autonomía del paciente y su euforia al sentirse libre de sus síntomas y sus culpas infundadas.

No existiría pues un problema de maldad o de inmoralidad oculta en el terapeuta honesto, que suspende el juicio moral cuando emergen las amorales y perversas fantasías de destrucción, de incesto y de perversión. Esto es casi como una intervención quirúrgica de la psique.

La necesidad de tratamiento psicológico no se detiene aquí, ya que desde temprana edad, en la segunda infancia, en la pubertad, en la adolescencia, en la juventud, en la edad adulta y en la vejez se pueden presentar problemas psicológicos que necesitan ayuda terapéutica. No me estoy refiriendo, y que esto quede bien claro, a la eclosión de una neurosis radical formada en el comienzo de la vida, sino a dificultades, traumas y problemas del carácter y la personalidad, que ocurrieron a partir de los tres o cuatro años de edad en adelante y sobre todo en la segunda infancia (de seis a doce años), en la pubertad y en la adolescencia, sin descartar sucesos traumáticos en edades posteriores. No es que en estos trastornos no puedan ser útiles el psicoanálisis y la psicoterapia analítica; pero ya no son indispensables, pues los típicos traumas y problemas después de la primera infancia, cuando ya la autoconciencia y el carácter han hecho su franca aparición, pueden ser manejados con técnicas y comprensiones más educativas. Pero justamente aquí es donde residen los riesgos de terapias francamente desorientadoras, puesto que ahora si está en juego el problema de la moral y la formación espiritual. *Aquí es donde puede darse el riesgo de una salud psíquica básica en el seno de una personalidad absolutamente amoral.*

También es cierto que en los trastornos típicos de estas edades es cuando se da la figura tan interesante del confesor que envía al penitente o al sujeto que pidió su consejo a la casa del psicoterapeuta. Pero aquí es donde radica el gran problema, debido a que el psicoterapeuta no puede comportarse como el confesor, en el sentido de que no puede manejar –sino con un cuidado extremo y lo menos posible– la categoría de “pecado”. Pero es también muy cierto que el sacerdote, esté o no en el papel del “confesor”, no manda al sujeto como pecador, sino como enfermo. En todo caso, estas son cosas de Perogrullo que conviene dejar aclaradas.

El asunto es que el terapeuta trate el lado religioso del paciente en su aspecto enfermizo con muchísimo cuidado. Tampoco dudo de que existen terapeutas sin fe religiosa que suelen ser muy prudentes en estos asuntos.

Los problemas psíquicos generados en el niño, antes de la pubertad, durante la pubertad y en plena adolescencia, son numerosos; pero no alcanzan la gravedad ni la profundidad de los daños psíquicos de la primera infancia, que, como dijimos, va desde el nacimiento hasta aproximadamente los cinco años.

Digamos, pues, para hacer un corte abrupto, que cuando se presentan estos trastornos ya está formada la personalidad básica, difícil de remover. Se hablaría de problemas y carencias afectivas tardías, así como de desviaciones de la conducta moral por fallas familiares y fallas sociales, que casi obligan al sujeto a tomar conductas antisociales o a deprimirse y renunciar a sus esfuerzos en el aprendizaje y la socialización.

Aquí sí podemos hablar ya de asuntos morales por carencias educativas o tiranía extrema en el cumplimiento de normas. Es este, en ciertos estratos de la sociedad, el momento en que se forman las pandillas rebeldes que conducen precozmente a una pseudo-adultez y a la detención evolutiva y el fracaso en el aprendizaje escolar. En todos estos trastornos de rezago y desviación es justamente el daño de la obligación moral subjetiva y objetiva el problema principal. Se presenta frecuentemente una rebeldía desafiante frente a la observancia de la norma ética en una buena parte de estos sujetos; y en otros, más dominados por su familia y la escuela, el síntoma es un enorme desaliento frente a la exigencia ética, sobre todo en su aspecto más interior. Repito: en todos estos casos el daño central es el de la nulidad en la auto-exigencia de la obligación moral. Desde el ámbito de lo nacional y lo comunitario este problema –centralizado en la exigencia moral– es mucho más grave que el de

las limitaciones neuróticas que, después de todo, son mucho más fáciles de curar.

En esta segunda parte del asunto se permite claramente la intervención de los recursos religiosos, sobre todo cuando el consumo de drogas viene a adornar el problema con el debilitamiento de la voluntad para cualquier esfuerzo del carácter. Es decir: la combinación en un mismo terapeuta o ayudante (llámese como quiera) de recursos psicoterapéuticos y formación religiosa es una excelente oportunidad para resucitar la obligación moral que es la columna de todo ser humano. Esto no quiere decir que terapeutas no religiosos no puedan obtener —y de hecho es así— excelentes resultados, en sus tareas reeducativas. Está por demás decir que, cuando hablo de terapeutas religiosos, no me refiero solamente a los sacerdotes, sino a cualquier cristiano más o menos bien preparado en estos asuntos.

El problema de toda psicoterapia, sea cual fuere la etapa en que se usa, y sea quien fuere el tipo de terapeuta, posee una inevitable restricción. Se trata de que la psicoterapia, analítica o no, individual o en grupo, radica en que se aplica a una persona o a un pequeño grupo de personas. No es, ni puede ser, masiva. Esto no quiere decir que, de hecho, en muchos países del mundo occidental no pululen los grupos de psicoterapia. Es posible que dentro de poco lleguen a ser más las personas que han recibido alguna ayuda psicoterapéutica que las que no la han recibido.

Es posible también que el esfuerzo reeducativo y terapéutico pueda ser recibido en forma masiva, a través de medios de comunicación social; eso sí: por personas discretas, serias y bien preparadas, y no por narcisistas que se lucen a través de las pantallas de televisión. En todo caso, no me contradigo cuando afirmo la posibilidad de una cierta ayuda a través de los medios de comunicación, ya que este recurso sólo es informativo, solidario y estimulante para que la persona que lo recibe se prepare para tomar la decisión, en caso de que sea verdaderamente necesaria, de acudir a la ayuda psicoterapéutica.

En todo caso, la responsabilidad del intelectual cristiano que se dedica a la psicoterapia se halla restringida a una relación interpersonal y carece de la obligación social y absolutamente extendida que pesa sobre los hombros de casi todos los profesionales cristianos que se dedican a la política, la producción agro-industrial, la administración de empresas, la delicada cuestión de la explotación de los trabajadores, la frecuente explotación en los precios y todo aquello que se resume en la siguiente frase: “máxima ganancia con el

mínimo costo”, o sea, el “ethos” primordial del sistema capitalista y su manejo del mercado. Estas sí son palabras mayores. Cualquier conflicto moral del psicoterapeuta es pálido ante conflictos morales que se presentan entre el ethos actual del triunfante capitalismo y las obligaciones de moderación y prudencia de los políticos y dirigentes de empresas económicas, cuando son católicos.

Quizás se esté presentando ahora una exigencia seria en este sentido. Es posible que la Iglesia Católica se decida a exigir un mayor rigor en el cumplimiento del mandato cristiano de la caridad en lo que se refiere a la filosofía de la “máxima ganancia con el mínimo costo”.

En lo que se refiere a la responsabilidad del intelectual cristiano ya no es el tiempo de esconderse ni esconderla. En esto es indispensable restearse, como decimos aquí en Venezuela. Es necesario salir a la palestra y no esconderse. Se acabó el tiempo de las transacciones y las tibiezas. No se trata de violencias verbales, sino de asumir con el máximo respeto aquello que consideramos como la verdad cristiana y el respeto frente a la disidencia. El derrumbe de la filosofía científica como “ultima ratio” debe ser señalado sin desconocer la grandeza pragmática de las ciencias exactas. Le llegó el tiempo de muerte a la filosofía materialista y al ciego reduccionismo. Este siglo XXI nos depara grandes sorpresas en este sentido, apreciando siempre la grandeza relativa de los descubrimientos científicos; sin olvidar que la ciencia más avanzada sólo descubre el “cómo” de los fenómenos de la materia inorgánica y de la materia viva; pero jamás dirá una palabra sensata —usando sólo sus cerrados recursos— sobre el porqué y el para qué del hombre y del universo.

Termino estas páginas sumándome a las posibles sugerencias que con toda seguridad han de formular los intelectuales que han sido invitados a colaborar. Creo que la comunidad cristiana está madurando sus respuestas a los requerimientos que nos esperan en este siglo, después de haber dejado atrás el más terrible de todos los siglos. Creo que el aporte de los intelectuales cristianos va a ser muy intenso y que la comunidad católica evoluciona hacia una seguridad y una sabiduría nunca vistas, de la mano del papado, de las comunidades religiosas y del clero secular. El siglo que comienza será, sin duda, un siglo muy religioso y convivirá con una tecnología sin endiosamientos, consciente de sus irreversibles límites.